

LOS BALCANES: EL AVISPERO REVISITADO, DESDE LA CRISIS ORIENTAL DE 1908 A LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

ALBERTO BASCIANI
Universidad de Roma Tre
alberto.basciani@uniroma3.it

(Recepción: 15/06/2014; Revisión: 31/07/2014; Aceptación: 01/08/2014; Publicación: 18/12/2014)

1. ENTRE *BELLE ÉPOQUE* Y BARBARIE. LOS BALCANES EN EL OCASO DEL IMPERIO OTOMANO.-2. LA CONSECUENCIA DE 1908: ENTRE GRANDES POTENCIAS Y CUESTIONES LOCALES.-3. LAS GUERRAS BALCÁNICAS.-4. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

El artículo se centra en la historia interna e internacional de la península de los Balcanes en el periodo comprendido entre la crisis de 1908 y la Segunda Guerra de los Balcanes (1913). Durante este lapso de tiempo, los países de esa península se convirtieron en protagonistas de la escena internacional. En tal contexto, los problemas creados por el proceso persistente de disolución del Imperio otomano se unieron a una política cada vez más abiertamente imperial, liderada por las potencias cristianas de la región. Esto contribuyó a que los Balcanes se convirtieran en el denominado «polvorín de Europa». De hecho, en el Sudeste del viejo continente, a principios del siglo XX, la era de los «Risorgimientos» nacionales había terminado desde hace mucho tiempo, y las clases dominantes de los Balcanes inauguraron una decidida política de poder (que también incluyó una limpieza étnica a fondo, especialmente en contra de los musulmanes) con el objetivo de obtener el control de la parte más amplia posible de los territorios que aún permanecían bajo el dominio otomano. Los resultados de las guerras de los Balcanes hicieron que potencias regionales, como Bulgaria, y grandes potencias continentales, caso de Austria-Hungría, quedaran completamente insatisfechas. De esa forma, en 1913 la paz se convirtió tan solo en un frágil armisticio momentáneo.

Palabras clave: Balcanes; Primera Guerra Mundial; Guerras Balcánicas; Bulgaria; Bosnia-Herzegovina; Serbia; Imperio austro-húngaro; Imperio otomano.

THE BALKANS: THE HORNET'S NEST REVISITED FROM THE EASTERN CRISIS OF 1908 TO THE FIRST WORLD WAR

ABSTRACT

The article focuses on the internal and International history of the Balkan Peninsula in the period between the 1908 Crisis and the Second Balkan War (1913). During this time the Balkan states became protagonists in the international scene. In this context, the issues created by the persistent process of the ottoman Empire's dissolution joined an increasingly and openly imperial policy led by the Christian Powers of the region. This contributed to make the Balkans as the so-called «powder keg of Europe». Indeed, in South-East Europe at the beginning of the twentieth century the era of national «Risorgimento» was over since a long time, and the Balkan ruling classes inaugurated a decisive power politics (which also included a thorough ethnic cleansing, especially against the Muslims) with the aim of winning the widest possible portion of the territories that still remained under the ottoman rule. The results of the Balkan wars left both important regional powers (such as Bulgaria) and great continental powers (such as Austria-Hungary) completely unsatisfied. So the 1913 peace was only a momentary armistice.

Key words: Balkans; First World War; Balkan Wars; Bulgaria; Bosnia-Herzegovina; Serbia; Austro-Hungarian Empire; Ottoman Empire.

* * *

Hasta el presente ha sido universalmente aceptado que la Primera Guerra Mundial estalló como consecuencia del incidente diplomático de alcance internacional desatado por el atentado que terminó con la vida del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, el 28 de junio de 1914 (1). Sin embargo, el desencadenamiento de la guerra a escala europea no fue inmediato: transcurrió un mes entre el magnicidio y el comienzo de las hostilidades, tiempo que las cancillerías europeas invirtieron en evitar la catástrofe y llegar a alguna forma de acuerdo (2).

Una vez comenzada la guerra, los Balcanes se convirtieron en un frente secundario, al cual las grandes potencias contendientes le dedicaron una escasa atención: el avispero balcánico fue, entre 1914 y 1918, la puerta trasera de Europa, mientras las grandes batallas decisivas se libraban en Francia, Italia o Rusia. En los Balcanes, la actividad militar fue escasamente decisiva para el destino de Europa. Los Imperios Centrales terminaron por invadir Serbia y

(1) Véase SMITH (2008).

(2) Sobre las semanas que precedieron el estallido de la guerra véase CLARK (2013) especialmente la tercera parte pp. 401-598. Otra reconstrucción detallada en MCMEEKIN (2014). Sobre la articulación del sistema de alianzas europeas véase: MACMILLAN (2013).

Rumanía, los aliados más importantes de la Entente en la península (3). En Grecia, abundaron las presiones y las conspiraciones políticas atizadas por los aliados, que llevaron al denominado Gran Cisma (*Ethnikos Dikhasmos*), más que las operaciones militares de gran magnitud: la contribución griega a la Gran Guerra fue escasa, al menos hasta 1919, fecha en la cual se volcó en la campaña de Anatolia (4).

Todo ello parecería dar motivos para cuestionar la decisiva importancia que pudieron haber tenido los Balcanes en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Es cierto que para algunos historiadores las raíces de la crisis política y diplomática que hicieron posible la guerra (5) estaban en el surgimiento de la gran potencia económica y militar alemana, otros indicaban que la causa principal del conflicto armado residía más bien en las exigencias políticas, económicas y estratégicas de Rusia y especialmente en su obsesión por los Estrechos (6). Por otra parte, a pesar de cierta nostalgia que parece dominar algunas de las obras dedicadas a los últimos meses de paz y prosperidad de la vieja Europa, otros análisis sobre el origen del conflicto se centran más en el conjunto de tensiones tanto internas (lo que Gildea ha llamado «the attack on privilege») (7) como internacionales que siendo cada vez más fuertes y difíciles de gestionar por las viejas clases dirigentes, llevaron al choque inevitable entre los dos bloques de potencias que se había formado en Europa (8). Pero el desencadenante formal estuvo en los Balcanes, en el disparo que «resonó en toda Europa», en la «esquina donde empezó el siglo XX», según rezaba el gran cartel en el museo del atentado, en pleno Sarajevo, creado en el café del que salió Princip para disparar contra el archiduque. El «avispero balcánico», el «polvorín de Europa», expresiones reiterativas en la historiografía, que en sí mismas contenían el argumento de que las «crisis orientales», al menos desde la guerra de Crimea, prefiguraban una escalada potencialmente peligrosa en la cual los civilizados occidentales arriesgaban caer ellos mismos en la «barbarie».

Lo que sí parece quedar claro es que a comienzos del siglo XX el Sureste europeo no poseía la centralidad continental que ha adquirido en nuestros tiempos, producto de la nueva disposición geoestratégica internacional, basada a su vez en la globalización, que ha trasladado los «Balcanes del siglo XXI» al Cáucaso o incluso al «óvalo de la violencia» descrito por Zbigniew Brzezinski. Durante la primera década del siglo XX, las crisis en los Balcanes formaban parte todavía de

(3) Sobre el desarrollo de las operaciones bélicas en el frente del Este aún hoy la mejor obra de referencia sigue siendo STONE (1998).

(4) LEONTARITIS (1990).

(5) STONE (2014): 21-30.

(6) MCMEEKIN (2011): 6-75.

(7) GILDEA (1991): 409-413.

(8) BERGHAM (1999): 17-112 y FROMKIN (2005): 27-60. Un poco más clásica es la perspectiva de CASTELLAN (2005): 5-15, según el cual las rivalidades balcánicas fueron exasperadas por las intervenciones más o menos directas de las grandes potencias.

la denominada «cuestión oriental», en la órbita de las tensiones que generaba la progresiva descomposición del Imperio otomano. En tal sentido, para el común de la población europea, se trataba de conflictos remotos, de los que se tenía una imagen exótica y muy escaso conocimiento real. De hecho, a lo largo de la guerra y en los años siguientes Gavrilo Princip y sus cómplices se convirtieron en auténticos héroes del panteón nacional serbio, pero cabe decir que después del asesinato de Sarajevo no pocos serbios quedaron asombrados por lo que había pasado en la capital bosnia y el periódico de Belgrado *Samouprava* calificó el asesinato como acto de locura anárquica (9). Aun así, en ese esquema cabe situar como factor relevante la verdadera naturaleza del nacionalismo serbio –y, más en general balcánico–, que tuvo una decisiva influencia en la actitud de los políticos, militares y activistas de Belgrado, los cuales, tal como ha remarcado Christopher Clark, contribuyeron con sus actitudes a determinar las consecuencias que los disparos de Sarajevo generaron (10). Así como también que precisamente en los Balcanes los Imperios austro-húngaro, otomano y ruso confluyeron en sellar su irremediable caída como grandes potencias (11).

1. ENTRE *BELLE ÉPOQUE* Y BARBARIE. LOS BALCANES EN EL OCASO DEL IMPERIO OTOMANO

Desde 1878, en las principales cancillerías europeas se consideraba que la problemática balcánica había quedado solucionada en el Congreso de Berlín, el cual había puesto fin a la guerra ruso-turca, o guerra de Oriente, de 1877-1878. En realidad, al finalizar esa crisis no solo las relaciones entre las grandes potencias resultaban ser más rígidas y tensas –una de las consecuencias de que en mayo de 1881 volviera a reconstituirse el *Dreikaiserbund* (12)–, sino que las cuestiones balcánicas quedaban lejos de estar solucionadas. La presencia otomana en los Balcanes había quedado reducida a una banda de territorio que iba de Oeste a Este y comprendía Albania, Macedonia y la Tracia. Esa zona todavía quedó más restringida cuando en 1885 Bulgaria, después de una guerra victoriosa en contra de Serbia, se anexionó la Rumelia Oriental.

Por entonces, las grandes potencias europeas estaban centradas en la expansión imperial por África y Asia, lo cual contribuyó a que disminuyera la atención dedicada al Sureste europeo. Incluso Rusia estaba concentrada en la expansión hacia Asia y en la articulación de su enorme imperio con la construcción del Transiberiano, que había comenzado en 1891. Solo dos potencias parecían

(9) GEROLYMATOS (2004): 13.

(10) CLARK (2013): XVII-XVIII. En este sentido es obligado mencionar el conflicto abierto entre los militares y los políticos serbios que tuvo un papel notable también en el desarrollo de la trama que llevó al atentado del 28 de junio. *Vid.* DEDIJER (1969): 458-496.

(11) STRACHAN (2003): 65.

(12) ANDERSON (1966): 219.

directamente interesadas en los Balcanes: Austria-Hungría que acababa de conquistar Bosnia, e Italia la cual, excluida por el momento en la carrera colonial, veía en el crecimiento de su influencia hacia los cercanos territorios del Sureste de Europa (empezando por Albania) una posibilidad real de afirmarse definitivamente como protagonista del concierto de Europa (13).

Mientras tanto, la decadencia del «Hombre Enfermo», como había denominado el zar Nicolás I al Imperio otomano, continuaba sin pausa. Junto con las grandes causas estructurales contribuía a su erosión la situación de inestabilidad que se vivía en Macedonia, donde confluían las ambiciones nacionalistas de griegos, búlgaros y serbios. Por ello, bandas armadas compuestas por guerrilleros de esas nacionalidades se hacían la guerra entre sí y luchaban a su vez contra la autoridad del Imperio otomano, implicando de paso a albaneses y arrumanos, que también poseían sus propios grupos armados. Como consecuencia de ello, a comienzos del siglo XX, Macedonia era la región de Europa donde se vivía la situación más aguda de violencia continuada. Sin duda, hasta 1903 fue Bulgaria la que protagonizó los esfuerzos para acabar con el dominio turco en esa región. En 1893 fue fundada la Organización Revolucionaria Interna Macedonia (ORIM). Dos años más tarde nació otra entidad: el Comité Supremo, más vinculado con los ambientes gubernamentales de Sofía. El resultado de todo ello fue un aumento generalizado de la violencia, llevada a cabo con técnicas muy modernas y en el más absoluto secreto. Las formaciones armadas actuaban por la noche, poseían una muy bien organizada red de apoyo y de financiación, tanto en Bulgaria como en la más remota aldea de Macedonia. Amenazas y promesas le aseguraban el respaldo de las poblaciones civiles (14). Hasta 1897 las autoridades otomanas ignoraban la misma existencia de la ORIM (15).

El momento apoteósico de esa actividad tuvo lugar durante el denominado alzamiento del día de San Elías, el 2 de agosto de 1903, protagonizado por la Organización Revolucionaria del Interior de Macedonia-Adrianópolis (ORIMA), que a su vez generó una dura represión por parte de las fuerzas otomanas, las cuales hubieron de movilizar una fuerza de 175.000 hombres para acabar con la revuelta. A raíz de la sangrienta insurrección, el emperador Francisco-José y el zar Nicolás II se reunieron y arbitraron un plan de paz conocido como el Programa de Mürzteg (9 de octubre de 1903), que fue respaldado por todos los signatarios del tratado de Berlín. No era sino una variante de los conocidos esquemas intervencionistas al uso, en virtud del cual los cónsules austriaco y ruso supervisarían la aplicación de una serie de reformas dictadas por Viena y San Petersburgo. El programa de reformas obtuvo escasos resultados reales, pero atrajo la atención internacional sobre lo que sucedía en Macedonia (16), lo cual sirvió para alimen-

(13) BLUMI (2011): 35-37.

(14) BROWN (2013).

(15) YOSMAOĞLU (2014): 30.

(16) AKHUND (1914).

tar el mecanismo de la trampa balcánica por el cual los nacionalistas locales se sentían respaldados y alentados a continuar su lucha. Deseoso de evitar una nueva guerra abierta en la zona, Abdülhamid II cedió a las exigencias del programa de Mürtzeg y, en consecuencia, Macedonia se convirtió en un infierno en el cual bandas de búlgaros, serbios, válacos, macedonios y musulmanes albaneses organizaban atentados, represalias y asesinatos contra la población civil, los funcionarios, maestros y autoridades religiosas del contrario o las instituciones del gobierno otomano. Según los datos disponibles en el año 1907 en el territorio macedonio actuaban 110 bandas (*četa*) búlgaras, 80 griegas, 30 serbias y 8 rumanas. Según los informes británicos sobre los delitos políticos (incluido el informe Biliotti) durante el periodo 1897-1912 fueron cometidos más de 4.000 asesinatos políticos (66 antes de 1901, 200 entre 1901 y 1903, 3.300 entre 1903 y 1908 y 600 entre 1908 y 1912), con exclusión de los muertos durante la sublevación de Ilinden y los miembros de las bandas búlgaras y griegas. De los que murieron, 53% eran búlgaros, 33,5% eran griegos; serbios y rumanos juntos 3,5%, y el 10% eran de una nacionalidad desconocida (17)

Ese tipo de guerra sorda y no declarada resultaba profundamente frustrante para los militares y gendarmería del Imperio otomano, que terminaron echando la culpa a los políticos de Estambul o al régimen autocrático del sultán: se abrió paso la ingenua teoría de que la representación de los pueblos de Macedonia en el Parlamento otomano resolvería la cuestión. Así, del desgaste sufrido por el Ejército en la campaña de Macedonia surgió la que fue conocida popularmente como Revolución de los Jóvenes Turcos –organizada, más propiamente, por el denominado Comité de Unión y Progreso o CUP–.

En la primavera de 1908 llegaban frecuentes informes a Estambul sobre el descontento entre la oficialidad del Tercer Ejército en Salónica. Entre el 9 y el 11 de junio se supo que el rey de Inglaterra y el zar de Rusia se habían reunido en Reval (actual Tallin), en Estonia, y habían discutido sobre el futuro de Macedonia. Ese fue el momento decisivo en el que los coordinadores de la conspiración decidieron actuar para derrocar al régimen hamidiano. Así, en julio de 1908, un alzamiento encabezado por oficiales al mando de las tropas desplegadas en Macedonia y Tracia puso punto final al régimen tiránico del sultán Abdülhamid II en un contexto caracterizado, por lo menos en sus comienzos, por grandes entusiasmos y esperanzas. En muchas ciudades, empezando por Salónica, muchedumbres de cristianos, musulmanes y judíos se echaron a las calles aclamando el Ejército y gritando «¡*Libertad, igualdad, hermandad, justicia!*» (18). Con el poder en manos de los Jóvenes Turcos, pareció por un momento como si la vieja idea del cosmopolitismo otomano, reforzada por la percepción de que el Estado no era ya una emanación del sultán, sino que per-

(17) JEZERNIK (2010), pp. 2-39.

(18) MAZOWER (2007).

tenecía a todo el conjunto de la «nación otomana», hubiese vuelto a ser el nuevo eje de la política del Imperio (19)

Sin embargo, la Revolución de los Jóvenes Turcos no trajo el apaciguamiento en los Balcanes, y menos aún en Macedonia, donde pronto se olvidó el entusiasmo y las expectativas que habían generado el golpe del Comité de Unión y Progreso. Ya desde el otoño de ese mismo año de 1908, la violencia y el terror desencadenado por las acciones terroristas de las distintas bandas armadas (20), se volvieron más contundentes que nunca. Así que a los oficiales europeos al mando de la gendarmería otomana solo les quedaba la triste y frustrante tarea de mantener la contabilidad de los muertos y atentados y documentar con fotografías aquella inagotable sangría que sacudía tanto a ciudades como aldeas de Macedonia. Según había sido capaz de contabilizar el Balkan Committee, solo a lo largo del invierno de 1907-1908 cerca de treinta mil personas habían tomado la decisión de dejar las provincias europeas del Imperio otomano con destino, sobre todo, a los Estados Unidos como meta final de su exilio (21). Semejante emigración parecía poner de manifiesto cómo las poblaciones civiles habían entendido, de alguna manera, que la situación de la región en el futuro solo podría empeorar y que, tarde o temprano, la guerrilla estaba destinada a dejar el sitio a una verdadera guerra.

Muchos eran los indicios que llevaban hacia semejante conclusión. En septiembre de 1908, cuando aún los entusiasmos provocados por el golpe del CUP no se habían evaporado del todo (aunque ya faltaba poco y muy pronto la nueva ley de educación se encargaría de revelar el equívoco surgido entre los nuevos dueños de Estambul y las poblaciones cristianas), un geógrafo británico hizo una interesante reflexión sobre el modelo de desarrollo de las infraestructuras puesto en marcha en los Balcanes. Escribía Noel Buxton cómo los ferrocarriles podían ser el instrumento decisivo para impulsar una verdadera modernización de la península balcánica; pero, al mismo tiempo, el estudioso lamentaba las escasas líneas puestas en servicio. Y las nuevas, aún en fase de proyecto, solo respondían a exigencias militares y estratégicas, siendo Austria-Hungría y Rusia los más fervientes patrocinadores de esa manera de actuar (22).

La verdad es que tal línea de conducta sorprendía muy poco. Hasta la Primera Guerra Mundial, todos los países de esta área de Europa experimentaron una rigurosa dictadura de la razón de estado, sometida a su vez a rígidas consideraciones militares y estratégicas. No cabe sino estar de acuerdo con cuanto escribieron, ya hace mucho tiempo, John Lampe y Marvin Jackson: hasta 1914 la historia económica de los Balcanes dejaba en evidencia una escasa industria-

(19) CTR. DEL ZANNA (2013): 108.

(20) Sobre el nacimiento y los objetivos de los distintos grupos armados en Macedonia, véase PERRY (1988).

(21) Véase RODOGNO (2012): 325.

(22) Buxton hacía especial hincapié en la denominada «línea eslava» que hubiera tenido que conectar Serbia con el Mar Adriático. Cfr. BUXTON (1908): 229-231.

lización frente a una preponderancia de la iniciativa estatal que quedaba bastante alejada de las razones de un armónico desarrollo civil y económico de sus pueblos, empezando por los campesinos que aún representaban la abrumadora mayoría de aquellos países (23).

El modelo que las clases dirigentes balcánicas, animadas por un fuerte sentido nacionalista, tenían como punto de referencia, por supuesto, los países occidentales. Consideraban que impulsar la construcción de escuelas –sobre todo primarias–, aparatos burocráticos y ejércitos hubiera bastado para impulsar tanto el proceso de *state building* como un fuerte crecimiento económico. Sin embargo, en muchos casos el resultado más visible fue convertirse en cómicos imitadores de las instituciones occidentales (24). Bastante menos risibles eran los efectos de semejantes estructuras sociales y económicas sobre el desarrollo real de esos países, donde ya a comienzos del siglo XX el Estado dominaba por completo a la sociedad. Así que junto con una clase de pequeños agricultores creció muy pronto una agresiva y ambiciosa casta de empleados y funcionarios que no solo se convirtieron en los protagonistas de la vida ciudadana, sino que utilizaron los recursos del Estado para fomentar sus ambiciones de ascenso social y económico, y llegaron a ser piedra de toque de unas políticas nacionalistas que desde las respectivas capitales miraba hacia tierras irredentas; y entre todas Macedonia, muy especialmente (25). De esa forma, el irredentismo llegó a ser una expresión de la peculiar modernización del Sureste de Europa (26).

Todo ello ponía de relieve, una vez más, que en la creciente importancia de las crisis balcánicas poseían una enorme importancia los designios de las grandes potencias, expectantes ante el previsible destino final del Hombre Enfermo. A este respecto cabe distinguir entre el protagonismo de las tensiones internas en los Balcanes, impulsadas por los nacionalistas locales, y la acción de las grandes potencias, lanzadas al reparto del mundo, incluyendo los viejos imperios medievales que se estaban desmoronando, y que entre 1911 (Imperio chino) y 1918 (Imperio otomano) iban a desaparecer para siempre. Es importante subrayar esta distinción para comprender la relación entre las crisis balcánicas de 1908-1913 y la Gran Guerra de 1914: en realidad, esta no comienza por la voluntad de los asesinos del archiduque, sino que es una consecuencia de los pulsos entre las grandes potencias. A su vez, estas consideraciones ayudan a entender el sorprendente fenómeno que tuvo lugar en el verano de 1914, cuando una más de las «crisis de Oriente» desbordó su marco de desarrollo habitual,

(23) Cfr. LAMPE y JACKSON (1982): 237-238. En vísperas de las guerras balcánicas para todos los países del área los gastos militares representaban tres cuartas partes de los gastos militares alemanes para el año 1911. Véase LAMPE (2006): 30.

(24) CHIROT (1989): 11. Algo diferente es la visión de MISHKOVA (1995): 63-89, según la cual el muy deseado proceso de *state-building* y *nation-building* fue una especie de requisito previo al nacimiento de tan virulentos nacionalismos.

(25) ROUDOMETOF (2001): 160-164.

(26) *Ibidem*, 164.

produciendo la ignición de una guerra en Occidente, sinapsis que ni antes ni después se repitió.

2. LA CONSECUENCIA DE 1908: ENTRE GRANDES POTENCIAS Y CUESTIONES LOCALES

La crisis de Macedonia llevó a la Revolución de los Jóvenes Turcos, y esta a la anexión de Bosnia-Herzegovina por el Imperio austro-húngaro, haciendo de 1908 un año crucial en la escalada de las tensiones balcánicas. Por entonces, Viena había decidido anexionarse formalmente Bosnia-Herzegovina que regentaba con «permiso» de Estambul desde el Congreso de Berlín. En todo ese tiempo, los austriacos habían ejercido sobre el tal territorio, que era su única colonia, una notable labor pacificadora y modernizadora de las estructuras sociales y administrativas. Pero por otro lado, la anexión formal de Bosnia perseguía claramente cerrarle la salida al mar a Serbia, que por entonces era ya una potencia balcánica de cierta consideración. Al mismo tiempo, además de estas razones políticas, estratégicas e históricas, los círculos nacionalistas de Belgrado, así como la misma opinión pública serbia, no olvidaban que en Bosnia-Herzegovina, aún a comienzos del siglo XX, unos seis mil propietarios musulmanes mantenían bajo un régimen poco menos que feudal o semifeudal a cerca de cien mil campesinos serbios.

Más allá, Rusia, derrotada y humillada en la reciente guerra contra los japoneses, tan solo tres años antes, que a su vez había desencadenado una revolución social (27), transigió entre grandes muestras de frustración, lo que obligó a Belgrado a hacer lo mismo (28). Para las fuerzas nacionalistas de Belgrado la anexión de Bosnia a Austria-Hungría fue una dura humillación que solo mostraba la incapacidad de las fuerzas políticas para llevar a cabo las aspiraciones nacionales del pueblo serbio. Desde entonces los oficiales de la organización secreta de la «Mano Negra» adquirieron más influencia en la vida pública y decidieron aumentar los esfuerzos para incrementar la penetración cultural, política y militar en todas las tierras serbias irredentas, empezando justamente con Macedonia. En 1911, en Belgrado esos mismos oficiales crearon otra organización, «Unión o Muerte», con el objetivo de luchar para unir con Serbia a todas sus tierras irredentas: Bosnia, Montenegro, Vieja Serbia (Kosovo), Macedonia, Eslavonia, Voivodina, etc. (29). Estos hechos parecen coincidir con las opiniones de algunos atentos observadores occidentales como el británico Whitehead, según el cual, a pesar de la aparente humillación, Serbia salía de la crisis

(27) ROGGER (1983): 162-180, en especial esta última, así como 252 y ss.

(28) TAYLOR (1971): 450-453. Este autor añade el detalle de la humillación suplementaria que significó para San Petersburgo el fracasado intento de negociación previa para un trueque de Bosnia-Herzegovina a cambio de apoyo austriaco a las ambiciones rusas sobre los Estrechos.

(29) PAVLOWITCH (2010): 114-115.

con más fuerzas y más prestigio que nunca, especialmente ante los súbditos sudslavos de la dúplice monarquía. A la vez, resulta bastante interesante la opinión de los dirigentes políticos británicos. Sir Edward Grey manifestó bastante indiferencia hacia los acontecimientos balcánicos y durante una conversación con el embajador de Austria-Hungría le dijo, en relación a las turbulencias que afectaban a aquellos territorios «[...] it would be the Austria house, not ours which would take fire!» (30). Y el fuego verdaderamente estaba listo a arrasar de nuevo la región balcánica y especialmente los *vilayet* más conflictivos, es decir aquellos de Macedonia. La contrarrevolución que tuvo lugar en Constantinopla en abril de 1909 puso en estado de alarma a todas las formaciones políticas que rompieron la frágil tregua cuando el gobierno otomano, a partir de dos leyes *ad hoc*, la de las asociaciones y la ley para la prevención del bandidaje, declaró ilegales todas las organizaciones tanto políticas como culturales de los distintos grupos étnicos. Como estaba previsto, la violencia retomó la escena con un nuevo protagonista: esta vez los Jóvenes Turcos armaron bandas de irregulares musulmanes. Durante todo el 1910 cerca de 400 personas fueron asesinadas; pero en los primeros seis meses del 1912, los muertos resultaron ser más de 500 (31).

Por lo tanto, 1908 abrió para Rusia un doble frente en el tablero balcánico. De un lado, el ya preexistente, dirigido a expulsar al Imperio otomano de Europa, definitivamente, lo que suponía situarse a las puertas de la antigua Constantinopla. Del otro, contener a Austria-Hungría, que a su vez deseaba contrarrestar el auge de Serbia como potencia regional, con capacidad para intervenir en su colonia de Bosnia-Herzegovina. La prensa austro-húngara venía lanzando contra Serbia una ofensiva que no se limitaba a fustigar a la clase dirigente en el poder por entonces en Belgrado. Según escribían los periódicos vieneses, el pueblo serbio en su conjunto era un puñado de terroristas y agitadores cuyo principal propósito era preparar artefactos explosivos y sembrar discordia entre las poblaciones balcánicas; y sobre todo entre los súbditos eslavos de la doble monarquía (32). Se puede suscribir lo que ya en 1915 afirmaba el politólogo Norman D. Harris, es decir, que esta manera de actuar por parte de la clase dirigente austro-húngara, era quizás la única que los dirigentes de Viena tenían a su alcance para mantener y fortalecer sus posiciones en el Sureste de Europa. Pero al mismo tiempo, esa postura situaba a Austria-Hungría en abierto conflic-

(30) HAMILTON (1997-1998): 29-30.

(31) AARBAKKE (2003): 150-153.

(32) El 10 de junio de 1903 una conjura organizada por militares puso fin, de forma sangrienta, al reinado del último representante de la dinastía Obrenović, el rey Alejandro, y colocó en el trono de Belgrado a Pedro I de la dinastía rival de los Karađorđević. La consecuencia fue que las relaciones del reino serbio con Austria-Hungría sufrieron un repentino empeoramiento. A través de un embargo sobre la importación de cerdos desde Serbia, Viena intentó poner de nuevo al país vecino bajo su influencia. Pese a las medidas aduaneras aplicadas por Austria-Hungría, los serbios resistieron y lograron encontrar nuevos mercados para sus productos, mientras que Belgrado se acercó de manera decisiva hacia la alianza con Rusia. Véase PAVLOWICH (2010): 280-283.

to con los pueblos de fe ortodoxa en la región. Y puesto que esta actitud era vista con sospecha, y no solo en Belgrado, no hizo sino fortalecer la posición rusa, en apariencia, más moderada (33).

De otra parte, la situación de tensión entre las grandes potencias regionales era espoleada por los pequeños actores locales, que aparte de enfrentarse entre ellos, no dudaban en plantar cara a las potencias o intentar implicarlas en sus planes. Italia, cuya existencia como Estado unitario era bien reciente, era uno de esos actores que se estrenaba en los Balcanes precisamente por esta época. Destaca, por ejemplo, la firma, en octubre de 1909, de los acuerdos de Raccogni entre Italia y Rusia. A través de este pacto las dos potencias, ambas afectadas por los acontecimientos de 1908, intentaban tutelar sus propios intereses en el Sureste de Europa (34). Aunque aún no estaba militarmente preparada, Rusia empezaba a construir su propia reserva de caza en los Balcanes, con una clara perspectiva antiaustriaca (35). A partir de 1910 el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sazonov, comenzó a presionar para que se constituyera un eje balcánico entre Bulgaria y Serbia, dirigido en lo militar contra el Imperio otomano, pero desde una perspectiva política en contra del rival Austria-Hungría (36).

Los informes diplomáticos nos pueden ayudar a entender mejor la compleja situación política que se vivía entonces en la península balcánica. Un despacho confidencial enviado a Roma, el 20 de diciembre 1909, por el ministro italiano en Bucarest, hablaba de la circulación cada vez más frecuente de noticias relativas al nacimiento de una «unión balcánica eslava» dirigida en contra de Turquía (37). Esa solo era una de las tantas posibles combinaciones diplomáticas y militares de las cuales se hablaba entonces en las cancillerías europeas; antes de llegar a algo más concreto todavía se imponía superar muchas dificultades y problemas. Sin embargo, el hecho que se hablara de todo ello con tanta insistencia también significaba que se iban preparando futuros escenarios de guerra. De esta realidad era cada vez más consciente la misma Sublime Puerta. El 19 de enero de 1910, el marqués Guglielmo Imperiali, embajador italiano en Estambul, mantuvo una conversación con el Gran Visir sobre las muchas cuestiones pendientes que indisponían al Imperio con los países vecinos; allí afirmó que su gobierno estaba listo para abordar con la mejor disposición toda clase de problemas, y especialmente aquellas cuestiones que aún le enfrentaban a Bulgaria en lo referente a Macedonia. Sin embargo, «si hay que tomar medidas para mejorar la situación en Macedonia –añadía el diplomático– Turquía está lista para asumir sus propias iniciativas siempre mirando, sin embargo, a

(33) Cfr. NORMAN (1915): 240-241.

(34) Véase JELAVICH (1983): 96.

(35) STEVENSON (1997): 136-137.

(36) Véase GLENNY (2000): 226. Para una visión completa de la política exterior rusa en los Balcanes en estos años véase THADEN (1965).

(37) *Documenti Diplomatici Italiani*, Doc. 15, pp. 14-15.

sus intereses. Turquía no está en absoluto dispuesta a aguantar las injerencias de Bulgaria en los asuntos internos del Imperio» (38).

Asimismo, el primer ministro búlgaro Ivan Gešov (que había logrado encabezar una coalición de gobierno formada por nacionalistas y progresistas) estaba destinado a enfrentarse a la firme actitud otomana. De hecho, cuando se percató de las notables dificultades que suponía el intento de llegar a una alianza entre los Estados de la región, Gešov buscó llegar a un acuerdo con la Sublime Puerta para resolver las divergencias en la cuestión de Macedonia. El primer ministro intentaba defender los intereses de los búlgaros de esa región y, al mismo tiempo, satisfacer las ambiciones (cada vez mayores) de los ambientes más nacionalistas empezando por su propio rey Fernando II. Los planes de Gešov fracasaron ante la rigidez de los Jóvenes Turcos, que no transigían en aplicar trato preferente a ninguna de las nacionalidades de sus dominios europeos (39). Ante esta situación, a lo largo de 1910, el mando del Ejército búlgaro se puso a trabajar en el denominado «Plan A», es decir, la preparación de la guerra contra Turquía (40). Para el entonces primer ministro búlgaro Aleksander Malinov, los escasos avances en las reformas puestas en marcha para Macedonia, entre 1903 y 1908, habían sido súbitamente anulados por los efectos de la revolución de los Jóvenes Turcos, lo cual no dejaba margen para la diplomacia.

Por entonces persistían las dudas sobre la capacidad militar otomana, en un momento en el cual la revolución de los Jóvenes Turcos podría estar contribuyendo a regenerar decisivamente al Imperio, modernizándolo y aportando el apoyo político y social de sus poblaciones constitutivas. En tal sentido, la derrota rusa ante los japoneses, en 1905, había sido toda una revelación, un ejemplo para los militares otomanos: el viejo adversario ruso no solo no era invencible: su nivel de decrepitud parecía superar con mucho el de su propio imperio. Resultaba evidente que un pueblo no europeo podía modernizarse en un tiempo récord hasta el punto de poner en serios problemas a los occidentales y que el recurso a la fuerza militar era perfectamente válido en esa carrera contrarreloj (41). De repente, Japón se convirtió en un modelo antiimperialista y no solo para los otomanos: nacionalistas filipinos, iraníes, birmanos o indios comenzaron a pensar que había llegado la hora de las naciones no europeas (42). Un

(38) *Ibíd.*, Doc. 60, pp. 62-63.

(39) Cfr. PAVLOWITCH (2002): 174-175.

(40) Cfr. CRAMPTON (1983): 321-322.

(41) AHMAD (1969): 23, nota 1. Los mismos Jóvenes Turcos se percibían a sí mismos como los «japoneses» del Próximo Oriente. Ya en el poder, en noviembre de 1908, propusieron a Gran Bretaña una alianza utilizando como precedente la anglo-japonesa ya existente.

(42) En realidad aquellos acontecimientos bélicos fueron seguidos con mucho interés también en todos los Balcanes y especialmente en Bulgaria y tuvieron bastante influencia en el desarrollo de los ejércitos, de las tácticas y en la misma visión política de las respectivas clases dirigentes. Véase HALL (2004): 563-577. A comienzos del siglo XX, Bulgaria representaba lo que hoy se llamaría una economía no tan solo en notable crecimiento sino también agresiva. Pese a

elemento que parecía clave en su desarrollo era la aceptación por el emperador de un gobierno constitucional; tal era la importancia que se le concedía a ese factor que a raíz de la derrota y de la revolución subsiguiente, el mismo zar de Rusia aceptó una Constitución y la introducción de la Duma. Otro viejo vecino y modelo del Imperio otomano como era Persia, también se convirtió en un régimen constitucional a raíz de la guerra ruso-japonesa.

Vivida en el día a día desde Estambul, la realidad era más prosaica. El nuevo régimen luchaba con grandes dificultades y se fragmentaba internamente, mientras que las divisiones políticas afectaban la coherencia y efectividad de las fuerzas armadas. Y precisamente, la potencia encargada de demostrar que el caballero estaba malherido dentro de su propia armadura fue Italia, quien en septiembre de 1911 se lanzó a ocupar el último resto del Imperio otomano en el Magreb: la costa libia, con Trípoli y Bengasi (43). El impacto internacional de la guerra de Libia, que la escuadra italiana llevó más tarde a las islas del Dodecaneso y hasta los mismos fuertes de los Dardanelos, no fue en absoluto desdeñable. Primero, porque una potencia hasta entonces considerada menor, se atrevía a atacar al Imperio otomano en su mismo corazón, con una tecnología militar y unas tácticas consideradas muy innovadoras para la época, dejando en evidencia la obsolescencia de la maquinaria de guerra turca (44). Pero, en segundo lugar, los italianos se atrevían con regiones del imperio de población íntegramente musulmana, como era el caso de Libia. De hecho, el ataque italiano provocó un verdadero paroxismo de indignación entre los musulmanes del imperio, muchos de los cuales se ofrecieron como voluntarios para ir a defender a los hermanos en la fe.

Por otra parte, ante la solitaria aventura imperialista de los italianos, los firmantes del Tratado de Berlín de 1878, no habían hecho absolutamente nada por impedirlo u obstaculizarlo. Resulta fácil de entender que los nuevos Estados balcánicos se inflamaron a su vez ante la audacia italiana: solo la fuerza expulsaría a los turcos de los Balcanes, las grandes potencias occidentales ya no parecían dispuestas a defender la integridad del Imperio otomano; el Hombre Enfermo seguía estándolo sin que la revolución regeneracionista de los Jóvenes Turcos pareciera haberlo revitalizado y, lo que era más importante, incluso potencias menores podían batirlo en el campo de batalla sin necesidad del apoyo militar de los «hermanos mayores». Esta última cuestión resultó ser trascendental para entender por qué las guerras balcánicas contribuyeron al desencadenamiento de la Gran Guerra, en 1914.

sus defectos estructurales (un sistema financiero débil y ciudades demasiado pequeñas y descentradas) sus tasas de crecimiento representaban una capacidad económica el doble de la de Serbia. Véase LAMPE (1975): 23-52.

(43) Véase MICHELETTA y UNGARI (2013).

(44) GABRIELE (2013): 407-423, CAPPELLANO (2013): 424-455.

3. LAS GUERRAS BALCÁNICAS

La guerra italo-otomana o guerra de Libia es un conflicto muy olvidado en los manuales de historia; y sin embargo, tuvo un efecto importante en el Imperio otomano. En primer lugar, porque a diferencia de lo ocurrido en los Balcanes, Libia era una provincia poblada íntegramente por musulmanes, en la cual la soberanía otomana nunca había sido cuestionada. Esto no podía sino tener un profundo impacto en un imperio que había perdido casi todas sus provincias balcánicas y en 1911 se componía, básicamente, de Anatolia, Próximo Oriente y Arabia, además de Libia: es decir, era predominantemente turco-árabe. En tal sentido, la agresión italiana tuvo un efecto unificador al principio, galvanizando a los árabes del imperio que se ofrecieron como voluntarios para defender lo que muchos consideraban ya su legítimo Califato (45).

Sin embargo, el ataque italiano era en sí mismo un síntoma muy alarmante para Estambul: incluso una potencia menor se atrevía a emprender una guerra de estilo imperialista, en solitario, contra el Imperio otomano. Por ende, una derrota en esa guerra podría dar a entender a los países árabes del imperio que la Sublime Puerta no era capaz de defender al mundo musulmán frente a las agresiones del imperialismo europeo. Inicialmente, para Roma fue una campaña limitada, que en su afán por superar las graves contradicciones internas que suponía la consolidación del Estado italiano creado hacía poco más de medio siglo –y las vergonzosas derrotas antes las tropas etíopes en Adua, en 1895– buscaba la formación de un imperio mediterráneo aunque se contentaba, de momento, con la Tripolitania. Pero ante la eficaz defensa del interior que emprendieron las fuerzas otomanas enviadas como refuerzo, con ayuda de los beduinos de la orden de los senusis, de origen sufi, los italianos se atrevieron a presionar más audazmente para conseguir la capitulación otomana. En la primavera de 1912 llegaron a ocupar las islas del Dodecaneso, a un paso de la costa de Anatolia y su escuadra bombardeó los fuertes otomanos a la entrada de los Dardanelos (46). Paralelamente, organizaron la entrega de armas a montenegrinos y albaneses para atizar la guerra en los Balcanes.

La guerra italo-turca acentuó la crisis del régimen de la CUP en Estambul, y excitó de forma decisiva a los nacionalistas balcánicos, que creyeron había llegado el momento de lanzarse a expulsar a los turcos de Europa, definitivamente.

En marzo de 1912, serbios y búlgaros firmaron un acuerdo de alianza y poco después, el 29 de mayo, siguió otro entre Grecia y Bulgaria. Esta arquitect-

(45) Para las cuestiones relacionadas con este aspecto es fundamental la obra de KAYALI (1997). Sobre las repercusiones de la guerra italo-otomana, *vid.* págs. 107-108.

(46) Los italianos hicieron un despliegue de tácticas modernas. En Libia fueron los primeros que utilizaron, por primera vez en la historia, la aviación como arma de apoyo y reconocimiento fotográfico. Por otra parte, el desembarco en las islas del Dodecaneso fue definido como la acción anfibia de mayor magnitud y mejor concebida de la historia del Ejército italiano.

tura diplomática se completó en septiembre-octubre de 1912 con la adhesión del Reino de Montenegro, que poco antes se había proclamado independiente. Había nacido la Liga Balcánica, y ya era imposible ocultar su clara orientación antiturca. Todo el resto quedaba en la más completa incertidumbre, comenzando por el destino final de Macedonia, un argumento que fue tabú durante todas las negociaciones de los aliados balcánicos. En las semanas y meses siguientes a los acuerdos políticos se añadieron toda una serie de convenciones militares, esas también bilaterales.

En realidad, la marcha de los acontecimientos preocupaba, y mucho, en San Petersburgo. Las maniobras bélicas italianas y el cierre de los Estrechos decidido por las autoridades otomanas aportaron un grave perjuicio a la economía rusa: en la primera mitad de 1912 las exportaciones de cereales, cuya venta al extranjero era un medio fundamental para financiar la industrialización acelerada del país, cayeron en un 45% respecto al mismo periodo del 1911. Una vez más, San Petersburgo tuvo ocasión de experimentar la importancia estratégica de los Estrechos para todo el sistema económico, militar e industrial de Rusia (47). Por otra parte, los diplomáticos zaristas no parecían tener bajo control los acontecimientos y sobre todo las maniobras de los países balcánicos en una situación casi histórica, en la cual Sazonov tenía miedo de caer en una nueva humillación, tras la de 1908, solo cuatro años atrás (48). Aunque el embajador ruso en Belgrado, Nikolai Hartwig, había contribuido a la creación de la Liga Balcánica al acercar a Bulgaria y Serbia, lo cierto era que el gobierno ruso no lograba controlar los objetivos de guerra de las ambiciosas potencias balcánicas. La nueva alianza balcánica no poseía ningún significado antiaustriaco solo representaba a una coalición de potencias locales decididas a terminar definitivamente con la presencia turca en el Sureste de Europa. Y eso era así porque, en parte, Rusia no deseaba lanzarse a una guerra para respaldar unos objetivos bélicos contradictorios y que, además, se solapaban con los suyos propios. Por lo tanto, y dado que los rusos no parecían garantizar nada concreto, ni ir detrás de los objetivos ambicionados por los balcánicos estos, como explicaba el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergei Sazonov, en sus memorias –en muchos casos bastante evasivas–, tendían a actuar por su cuenta y no estaban dispuestos a que Rusia actuara como árbitro en sus propios designios (49).

Así, entre septiembre y octubre de 1912 todo estaba listo para empezar el conflicto que puntualmente, tal como los aliados habían previsto, se desencadenó sin que nadie tuviera la posibilidad de detenerlo. Los países aliados, que sumaban juntos diez millones de habitantes, desafiaban a un imperio que contaba 26 millones.

(47) REYNOLDS (2011): 33.

(48) ROSSOS (1981): 35-38.

(49) Tampoco obtuvo la colaboración de algunos de sus embajadores en la zona. BODGER (1996): 94.

En tales condiciones frente la mirada asombrada de la opinión pública europea –con un componente de admiración como si el público se encontrara ante un espectáculo a la vez exótico y bárbaro– el Sureste de Europa dio el paso que le separaba del terrorismo y la guerrilla, a la abierta conflagración. Y esta se iba a desarrollar a la vez en diversos frentes, por la acción de distintos ejércitos, todos ellos determinados no solo a derrotar su adversario, sino también a terminar definitivamente con él.

Por extensión territorial, por el número de tropas implicadas, la complejidad de las operaciones militares y la modernidad de las armas y técnicas utilizadas, la guerra que estalló en los Balcanes en el otoño de 1912, no tuvo precedentes en la historia militar de la región (50). Dos fueron los frentes donde se desarrollaron las operaciones bélicas: uno, el oriental, en Tracia; y otro el occidental, en Macedonia, Epiro, Kosovo y Sančak. El Ejército búlgaro fue capaz de levantar tres ejércitos con un total de 297.000 mil hombres y 720 cañones. Serbia reunió cuatro ejércitos con 300.000 mil soldados y 500 piezas de artillería. Montenegro organizó sus fuerzas en tres divisiones, hasta un total de 35.000 hombres y 126 cañones. Por fin, las fuerzas armadas griegas quedaron estructuradas en dos ejércitos, con más de 100.000 hombres y 160 piezas de artillería. Grecia, además, era el único país que disponía de una verdadera y moderna marina de guerra. En el conjunto, los aliados balcánicos fueron capaces de movilizar cerca de 800 mil hombres. Su enemigo, el Ejército otomano, disponía en Europa de unos 300 mil hombres que al comienzo de las hostilidades aumentaron con la llegada de nuevas tropas procedentes de Anatolia (51). La organización y la disposición en los distintos teatros de guerra de esta enorme masa de soldados fue posible gracias a la extensiva utilización de trenes y modernas técnicas de ingeniería militar. En este sentido, las guerras balcánicas resultaron militarmente novedosas; y también lo fue la enorme movilización de las respectivas opiniones públicas: las tropas desfilaban antes de ir al frente por las calles más céntricas de las principales ciudades, saludadas por las muchedumbres. Muchos fueron los voluntarios que pidieron enrolarse, y esa oleada de patriotismo se manifestó hasta en los lugares más remotos. Los intelectuales y periodistas lograron que pasara el mensaje de la cruzada en contra del oscurantismo otomano y de la sagrada lucha para que los «Balcanes volvieran a los pueblos balcánicos» (52).

Las operaciones militares se desarrollaron con rapidez y determinación y, pese a una desesperada resistencia intentada por las fuerzas otomanas –emblemáticos fueron los sitios de las fortalezas de Scutari, Jannina y Adrianópolis–,

(50) IVETIC (2006): 6.

(51) *Ibídem*: 61-67. La historiografía relativa a las cuestiones militares de las guerras balcánicas es bastante abundante. Vale la pena citar, por lo menos, los volúmenes de HALL (2000) y ERICKSON (2003).

(52) Cfr. PETRUNGARO (2012): 84-86. Para la movilización del frente interno y las consecuencias que las guerras balcánicas produjeron en las sociedades, véase KIRÁLY y DJORDJEVIĆ (eds.) (1987).

en la primavera de 1913 se iniciaron en Londres las negociaciones de paz que concluyeron el 30 de mayo con la firma de un tratado: de hecho con la única excepción de Constantinopla y el extremo de la Tracia Oriental, los turcos habían sido expulsados definitivamente de Europa.

A pesar de la mediación de San Petersburgo, resultó bastante más difícil concluir un acuerdo definitivo entre los aliados balcánicos para la división de los territorios conquistados, especialmente en Macedonia. Se puede afirmar que de alguna forma, tanto las negociaciones que precedieron a la guerra, como el desarrollo de la contienda, marcaron el fin de la vieja Europa de las grandes potencias y estrenaron un *modus operandi* que, al cabo de dos años, el resto de las potencias hubieran adoptado en las fases anteriores al estallido de la guerra y, sobre todo, durante la misma contienda, cuando a los protagonistas iniciales se añadieron otros nuevos. Lo que pasó en las cancillerías del Sureste de Europa fue que en la determinación de acabar con el adversario de siempre y la voluntad de aprovechar a toda costa las situaciones políticas y estratégicas más favorables, no se atendió a una esmerada preparación diplomática. Los grandes problemas que desde hacía años envenenaban las relaciones interbalcánicas, simplemente no fueron planteados.

Ante la perspectiva de conquistar Salónica, Uskub o Adrianópolis, los problemas étnicos y territoriales relativos sobre todo a Macedonia se transformaron momentáneamente en «detalles» que deberían encontrar la solución adecuada después de la victoria militar. El resultado fue que, a tan solo unas semanas de la firma del Tratado de Londres, estalló una nueva guerra balcánica, la segunda.

Esta vez, el escenario era bastante distinto. Bulgaria, convencida de su superioridad militar, atacó de repente a sus ya ex aliados a finales de junio. En realidad lo que sucedió fue el resultado de dos factores: de un lado el debilitamiento de las relaciones entre Sofía y San Petersburgo: Sazonov ya había avisado a los búlgaros de que, en caso de alguna contingencia bélica inesperada, no podría esperarse ningún respaldo por parte de Rusia (53); y, por otro lado, un verdadero golpe jugado por el rey Fernando I y el jefe de Estado Mayor Savov en contra del mismo premier Danev (54). En definitiva, en aquellas fatales semanas en Sofía tuvo lugar una verdadera e irremediable fractura entre las autoridades civiles y los mandos militares. Aunque ambos perseguían el mismo objetivo, no supieron en modo alguno trabajar juntos y dejaron aún más espacio al autoritarismo, a las maniobras y a las ambiciones del zar Fernando (55). El resultado fue una verdadera catástrofe militar para los búlgaros, que se vieron a su vez atacados también por los rumanos y los turcos. Ya a comienzos de agosto el fracaso era evidente y ante la concreta posibilidad de que la misma capital, Sofía, fuera conquistada, el rey Fernando –quizás el principal responsable de la

(53) MALLELA (2001): 36.

(54) NICOLLET (2013): 56-57.

(55) HALL (1989): 293-303.

derrota— tuvo que pedir la paz (56). Las negociaciones fueron bastante rápidas y concluyeron en Bucarest el 10 de agosto de 1913: el sueño búlgaro de establecer su predominio en los Balcanes había fracasado completamente. Sofía tuvo que ceder Dobruja meridional a Rumanía y el territorio en torno a Adrianópolis —así como la misma ciudad— al Imperio otomano. Macedonia quedó dividida principalmente entre Serbia y Grecia y este último país logró también conquistar la cosmopolita Salónica, la ciudad más desarrollada y rica de la región, además de ser un puerto de fundamental importancia comercial (57). Serbia se hizo también con Kosovo.

Pero, además de todo ello, durante la primera guerra balcánica quedó claro que el zar Fernando de Bulgaria, apoyado por los militares, había impuesto un objetivo con connotaciones estratégicas de alto nivel: capturar Constantinopla, descabezar al Imperio otomano, controlar los Estrechos y hacer de Bulgaria la impulsora de un nuevo Imperio bizantino de esencias sudeslavas. La operación había impedido que el Alto Mando otomano trasladara sus abundantes fuerzas de reserva desde Anatolia a Tracia y Macedonia, pero había sido un fiasco para los designios imperiales del zar búlgaro. Sus tropas, detenidas ante la línea fortificada de Çatalca, a las puertas de Constantinopla, no habían podido evitar que los aliados balcánicos se quedaran con la parte del león en el reparto militar de Macedonia.

Sin embargo, el comportamiento de Bulgaria, y más precisamente los designios de su ambicioso zar Fernando, iba a propiciar un cambio estratégico decisivo, que resulta muy clarificador para entender los mecanismos que llevaron al estallido de la Gran Guerra, meses más tarde. En efecto, no debe olvidarse que el zar búlgaro y su camarilla en el poder aspiraban a conquistar Constantinopla; ese era el objetivo preferente de las tropas búlgaras en la primera guerra balcánica, y ello explica que concentraran el máximo esfuerzo de su ofensiva en la Tracia, y no en Macedonia, que acabaron conquistando sus aliados en esa guerra y enemigos en la siguiente.

La ofensiva búlgara sobre la capital otomana fracasó, pero aun así dejó una impresión deplorable en San Petersburgo. Desde el siglo XVI, la liberación de Constantinopla había sido un objetivo sagrado de los zares rusos, porque ello suponía su legitimación histórica central: la lucha contra el Islam, la destrucción del Imperio otomano y, sobre sus ruinas, la reconstrucción de la Tercera Roma. Precisamente por ello, desde Rusia no se habían visto con buenos ojos los planes de los conspiradores griegos de la Filiki Etería en 1821 para recrear un nuevo Imperio bizantino tras expulsar a los musulmanes de los Balcanes y Constantinopla. El

(56) Sobre este controvertido protagonista véase NICCOLLET (2010): 79-104

(57) Cabe señalar que las guerras balcánicas determinaron también el comienzo del difícil camino de Albania en su nacimiento como Estado Nacional, algo debido mucho más a la voluntad de las grandes potencias que no de aquellas locales. Sobre el resurgimiento nacional albanés véase SKENDI (1967)

nuevo intento de un nacionalismo balcánico por cumplir esa ambiciosa misión no solo frustraba a los rusos, dejando en evidencia que en realidad no controlaban los planes y ambiciones de la Liga Balcánica; además les inquietaban sobremanera las incertidumbres que ello proyectaba en el futuro, sobre todo ante un Imperio otomano que parecía a punto de descomponerse en cualquier momento.

La consecuencia más visible de esa situación fue que Rusia cambió sus preferencias en los Balcanes: Bulgaria quedaba aparcada como aliado preferente, y Serbia se convirtió en la nueva favorita. Esto introdujo cambios profundos en la zona e hizo que Rusia todavía gobernara menos el teatro estratégico de los Balcanes. Aunque esta gran potencia eslava todavía seguía considerando que Constantinopla era su objetivo preferente, se veía obligada ahora a respaldar las ambiciones serbias en Bosnia, frente al Imperio austro-húngaro, trayendo de nuevo a primer plano el recuerdo de las frustraciones de 1908.

En apariencia, el cambio de preferencias de última hora en la línea geoestratégica rusa, ofrecería de por sí una explicación suficiente para enlazar el desencadenamiento de las guerras balcánicas con el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, no es un ejercicio tan sencillo, si se tiene en cuenta que el distanciamiento de Rusia con respecto a Bulgaria no suponía que la gran potencia eslava hubiera olvidado su preocupación por el Imperio otomano. Muy al contrario, la perspectiva de una recuperación militar turca con ayuda de Alemania se convirtió en una obsesión en los meses anteriores al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Y ello hasta el punto de hacerse y rehacerse planes de contingencia para organizar alguna forma de guerra preventiva contra el Imperio otomano, o expedición anfibia contra los Estrechos (58). Para ello, el gobierno ruso trataba de aprovechar el nuevo respaldo que le confería su alianza con Francia y Gran Bretaña. Especialmente su antigua competidora en el Gran Juego durante buena parte del siglo XIX, que desde el acuerdo de 1907 –la denominada Entente anglo-rusa, matriz de la Triple Entente– debería tener un papel esencial caso de que la guerra contra el Imperio otomano derivara en un conflicto contra la Triple Alianza. Así, mientras el Ejército francés mantendría al grueso de las fuerzas alemanas inmovilizadas en el frente occidental, la Marina británica llevaría a cabo un eficaz bloqueo del Báltico, que provocaría el colapso económico del Reich. Ello posibilitaría unas rápidas conquistas rusas en Europa central que posteriormente se utilizarían como moneda de cambio para obtener el control de los ansiados Estrechos e incluso la descomposición del Imperio otomano.

En definitiva, durante el verano de 1914, en puertas del asesinato del archiduque Francisco Fernando, en Europa se creía que las guerras balcánicas de 1912-1913 habían dejado en orden el turbulento Sureste europeo por, al menos, una generación. Nadie sabía –ni siquiera en las principales cancillerías– de las angustias rusas y sus planes temerarios. Pero sobre todo, fuera de los altos

(58) MCMEEKIN (2011), pp. 27-36.

círculos de poder en la misma Rusia, se desconocía hasta qué punto los ánimos bélicos estaban recalentados.

4. BIBLIOGRAFÍA

- AHMAD, FERAZ (1969): *The Young Turks. The Committee of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914*, Oxford, Clarendon Press.
- AKHUND, NADINE (2014): «International Intervention in Macedonia: The Mürzsteg Agreement (1903-1908)», Paper presentado en la reunion anual de la Association for Slavic, East European and Eurasian Studies, 44th Annual Convention, New Orleans Marriott, New Orleans, LA., enero, 2014. (http://citation.allacademic.com/meta/p566360_index.html).
- ANDERSON S., MATTHEW (1966): *The Eastern Question. A Study in International Relations 1774-1923*, London, McMillan-St. Martin Press.
- BASCIANI, ALBERTO y D'ALESSANDRI, ANTONIO (eds.) (2010): *Balcani 1908. Alle origini di un secolo di conflitti*, Trieste, Beit.
- BODGER, ALLAN (1996): «Russia and the End of Ottoman Empire», en KENT, MARIAN, *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, London, Frank Cass.
- BROWN, KEITH (2013): *Loyal unto Death, Trust and Terror in Revolutionary Macedonia*, Bloomington, Indianapolis, Indiana University Press.
- BUXTON, NOEL (1908): «Balkan Geography and Balkan Railways», *The Geographical Journal*, 3, pp. 229-231.
- CAPPELLANO, FILIPPO (2013): «La prima Guerra tecnologica dell'esercito italiano», en MICHELETTA, LUCA y UNGARI, ANDREA (eds.), *L'Italia e la guerra di Libia cent'anni dopo*, Roma, Studium.
- CASTELLAN, GEORGES (2005): «Les Balkans, poudriere du XX^e siècle», *Guerres Mondiales et Conflicts Contemporains*, 55, pp. 5-15.
- CHIROT, DANIEL (1989): «Causes and Consequences of Backwardness», en CHIROT, DANIEL (ed.), *The Origins of Backwardness in Eastern Europe. Economics and Politics from the Middle Age until the Early Twentieth Century*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- CLAYER, NATHALIE (2007): *Aux origins du nationalisme albanais. La naissance d'une nation majoritairement musulmane en Europe*, Paris, Karthala.
- CLARK, CHRISTOPHER (2014): *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg
- CRAMPTON, RICHARD J. (1974): «The Decline of the Concert of Europe in the Balkans. 1913-1914», en *Slavonic & East European Review*, 52, pp. 393-419.
- (1983): *Bulgaria 1878-1918. A History*, Boulder, East European Monographs.
- DEDIJER, VLADIMIR (1969): *Il groviglio balcanico e Sarajevo*, Milano, Il Saggiatore.
- DESPOT, IGOR (2012): *The Balkan Wars in the Eyes of the Warring Parties. Perceptions and Interpretations*, Bloomington, Universe.
- DESTANI, BEJTULLAH (ed.) (2003): *Ethnic minorities in the Balkan States, 1860-1971*, Vol. II (1888-1914), London, Archive Editions.

- D'ALESSANDRI, ANTONIO (2010): «Le rivolte albanesi del 1910-1912 tra localismo e nazionalismo», en BASCIANI, ALBERTO y D'ALESSANDRI, ANTONIO (eds.), *Balciani 1908. Alle origini di un secolo di conflitti*, Trieste, Beit.
- DEL ZANNA, GIORGIO (2013): *La fine dell'impero ottomano*, Bologna, Il Mulino.
- Documenti Diplomatici Italiani* (2001): IV Serie 1908-1914, Vol. V-VI (11 dicembre 1909 – 29 marzo 1911), Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato.
- ERICKSON, EDWARD J. (2003): *Defeat in Detail. The Ottoman Army in the Balkan Wars 1912-1913*, London–Westport, Praeger.
- FERRARA, ANTONIO y PIANCIOLA, NICCOLÒ (2012): *L'età delle migrazioni forzate. Esodi e deportazioni in Europa 1853-1953*, Bologna, Il Mulino.
- FROMKIN, DAVID (2005): *L'ultima estate dell'Europa. Il grande enigma del 1914: perché è scoppiata la prima guerra mondiale?*, Milano, Corbaccio.
- GABRIELE, MARIANO (2013): «La Regia marina nella guerra italo-turca 1911-1912», en MICHELETTA, LUCA y UNGARI, ANDREA (eds.): *L'Italia e la guerra di Libia cent'anni dopo*, Roma, Studium.
- GAWRYCH, GEORGE (2006): *The Crescent and the Eagle. Ottoman Rule and the Albanians, 1874-1913*, London-New York, I. Tauris.
- GEROLYMATOS, ANDRÉ (2004): *The Balkan Wars. Conquest, Revolution and Retribution from the Otoman Empire to the Twentieth Century and Beyond*, Staplehurst, Spellmount.
- GILDEA, ROBERT (1991): *Barricades and Borders. Europe 1800-1914*, New York, Oxford University Press.
- GLENNY, MISHA (2000): *The Balkans 1804-1999. Nationalism, War, and the Great Powers*, London, Granta Books.
- HARRIS, NORMAN D. (1915): «The Southern Slav Question», *The American Political Science Review*, 9, pp. 240-241.
- HALL, RICHARD C. (1989): «Civil-Military Conflict in Bulgaria during the Balkan Wars», *East European Quarterly*, 23, pp. 293-303.
- (2000): *The Balkan Wars, 1912-1913, Prelude to the First World War*, London, Routledge.
- (2004): «The Next War: The Influence of the Russo-Japanese War on Southeastern Europe and the Balkan Wars of 1912-1913», en *Journal of Slavic Military Studies*, 17, pp. 563-577.
- HAMILTON, RICHARD (1997-98): «British Opinion on the Southern Slav Crisis 1908-1914, Part I», *The South Slav Journal*, 10.
- HELMEREICH, ERNST (1969): *The Diplomacy of the Balkans Wars 1912-1913*, New York, Russel&Russel.
- ISA, BLUMI (2011): «Entangled Trajectories: the Interwoven Interests of Local and Evolution of Modern Imperialism in the Balkans», *Balkanistica*, 24.
- IVETIC, EGIDIO (2006): *Le guerre balcaniche*, Bologna, Il Mulino.
- JELAVICH, BARBARA (1983): *History of the Balkans. Twentieth Century*, Vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press
- JEZERNIK, BOŽIDAR (2010): *Europa selvaggia. I Balcani nello sguardo dei viaggiatori occidentali* Torino, EDT.

- KAYALI, HASAN (1997): *Arabs and Young Turks. Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- KIRÁLY, BÉLA K. y DJORDJEVIĆ, DIMITRIJE (eds.) (1987): *East Central European Society and the Balkan Wars*, New York, Columbia University Press.
- LAMPE, JOHN R. (1975): «Finance and Pre-1914 Industrial Stirring in Bulgaria and Serbia», *Southeastern Europe*, 2, pp. 23-52.
- y JACKSON, MARVIN R. (1982): *Balkan Economic History, 1550-1950. From Imperial Borderlands to Developing Nations*, Bloomington.
- LAMPE, JOHN L. (2006): *Balkans into Southeastern Europe*, New York, Palgrave Macmillan, 2006.
- LEONTARITIS, GEORGE B. (1990): *Greece and the First World War. From Neutrality to Intervention 1917-1918*, New York, Columbia University Press.
- LONGWORTH, PHILIP (1997): *The Making of Eastern Europe. From Prehistory to Postcommunism*, London, Macmillan Press.
- LORY, BERNARD (2011): «Schools for Destructions of Society: School Propaganda in Bitola 1860-1912», en CLAYER, NATHALIE; GRANDITS, HANNES y PICHLER, ROBERT (eds.), *Conflicting Loyalties in the Balkans. The Great Powers, the Ottoman Empire and Nation Building*, London-New York, I.B. Tauris.
- MALLELA, SASI-KANTH (2001): «The International Position of Bulgaria from August 1913 to July 1914, in the Light of British Diplomatic Sources», *The South Slav Journal*, 22, pp. 33-55.
- MAZOWER, MARK (2007): *Salonico. Città di fantasmi*, Milano, Garzanti.
- MACMILLAN, MARGARET (2013): *1914. De lapaz a la guerra*, Madrid, Turner.
- McMEEKIN, SEAN (2011): *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge (Ma), The Belknap Press of Harvard University Press.
- (2014): *July 1914. Countdown to War*, London, Icon.
- MICHELETTA, LUCA y UNGARI, ANDREA (eds.) (2013): *L'Italia e la Guerra di Libia cent'anni dopo*, Roma, Studium.
- MISHKOVA, DIANA (1995): «Modernization and Political Elites in the Balkan before the First World War», *East European Politics and Societies*, 9, pp. 63-89.
- NICOLLET, CHARLOTTE (2010): «Ferdinand de Bulgarie: l'histoire d'un règne controversé», *Études Danubiennes*, 26, pp. 79-104.
- (2013): «La Bulgarie et la Guerre interalliée (juin-septembre 1913)», en *Études Danubiennes*, 29, pp. 55-65.
- PAVLOWITCH, STEVAN (2002): *Istoria Balcanilor 1804-1945*, Iași, Polirom.
- (2010): *Serbia. La storia al di là del nome*, Trieste, Beit.
- PERIVOLAROPOULOU, NIA (1994): «La Fédération balkanique comme solution des problèmes nationaux: le projet social-démocrate (1909-1915)», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 25, pp. 497-508.
- PERRY, DUNCAN M. (1988): *The Politics of Terror, the Macedonians Revolutionary Movements 1893-1903*, Durham, Duke University Press.
- PETRUNGARO, STEFANO (2012): *Balcani. Una storia di violenza?*, Roma, Carocci.

- Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkans Wars* (1914), Washington, Carnegie Endowment for International Peace.
- REYNOLDS, MICHAEL A. (2011): *Shattering Empires. The Clash and Collaps of the Ottoman and Russian Empires 1908-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RODOGNO, DAVIDE (2012): *Contro il massacro. Gli interventi umanitari nella politica europea*, Roma-Bari, Laterza.
- ROGGER, HANS (1983): *Russia in the Age of Modernisation and Revolution, 1881-1917*, Longman, London & New York.
- ROSSOS, ANDREW (1981): *Russia and the Balkans. Inter Balkans Rivalries and Russian Foreign Policy 1908-1914*, Toronto, Toronto University Press.
- (2008): *Macedonia and the Macedonians. A History*, Stanford, Hoover Institution Press
- ROUDOMETOF, VICTOR (2001): *Nationalism, Globalization and Orthodoxy. The Social Origins of Ethnic Conflict in the Balkans*, Westport-London, Greenwood Press.
- SKENDI, STAVRO (1967): *Albanian National Awakening, 1878-1912*, Princeton, N.J., Princeton University Press.
- SMITH, DAVID JAMES (2008): *One Morning in Sarajevo. 28 June 1914*, London, Phoenix.
- STEVENSON, DAVID (1997): «Militarization and Diplomacy in Europe before 1914», *International Security*, 1, pp. 136-137.
- STONE, NORMAN (1988): *The Eastern Front (1914-1917)*, London, Penguin Books.
- (2014): *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Planeta.
- STRACHAN, HEW (2003): *The First World War, Vol. I: The Arms*, New York, Oxford University Press.
- TAYLOR, A. J. P. (1971): *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford University Press, Oxford
- (1961): *L'Europa delle Grandi Potenze da Metternich a Lenin*, Vol. 2, Bari, Laterza.
- THADEN, EDWARD C. (1965): *Russia and the Balkan Alliance of 1912*, University Park, University of Pennsylvania Press.
- TODOROVA, MARIA (2002): *Immaginando i Balcani*, Lecce, Argo.
- VEIGA, FRANCISCO (2006): *El Turco. Diez siglos a las puertas de Europa*, Barcelona, Debate.
- y MARTÍN, PABLO (2014): *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, La Catarata.
- VEMUND, AARBAKKE VEMUND (2003): *Ethnic Rivalry and the Quest for Macedonia*, Boulder, East European Monographs.
- VOLKER, BERGHAM R. (1999): *Sarajevo, 28 giugno 1914. Il tramonto della vecchia Europa*, Bologna, Il Mulino.
- YOSMAOĞLU, İPEK (2014): *Blood Ties. Religion, Violence and the Politics of Nationhood in Ottoman Macedonia 1876-1908*, Ithaca, Cornell University Press.

